

# EGĀN



3

1949

Suplemento de Literatura del Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País

## SUMARIO

*Jaime Delclaux.* - Once poemas inéditos.

*Federico P. Krutwig.*-Bihotza! Zergatik?

*Gabriel Celaya.* - La fábula de Hoang-Ti.

*Su-ondoan:* Jentillen emakumeak

*Carlos Santamaría.* - El hombre que  
busca la verdad

*José Miguel de Azaola.*-Rectificación.

*Jaime Delclaux, poeta bilbaíno muerto en Albacete a los veinticinco años, en el azar de la guerra, representa por sí solo una de las más poderosas y originales voces líricas que se hayan dejado oír recientemente entre nosotros. En 1943, la Editorial Hispánica de Madrid, tutelada por Juan Guerrero, «Cónsul de la Poesía Española», dió a conocer un hermoso libro de «Poesías» suyas, avalorado por el admirable poema «Canción de Jaime», de Juan Ramón Jiménez. El mismo Juan Ramón, en carta a Pablo Bilbao Aristegui, fué quien consagró la valía de los versos de Jaime con estas inimitables palabras: «Los he leído y releído con el amor que ahora derraman tan sutil y secretamente en el que los lee con amor. Están palpitando misterio inmanente, es decir, son poesía de la que es imposible falsificar; tienen la emoción sencilla de lo alimentado con las raíces naturales del espíritu y reflejan en su ir corriente un espacio superior, con esas fugas de sonrisa y lágrimas secretas, cruzadas con vuelo delicado por los ámbitos de la vida».*

*Hoy se honra EGAN con la publicación de «Once poemas inéditos» de Jaime, generosos en hondura y belleza de espíritu, infalsificables, como él mismo.*

## *Once poemas inéditos*

### I

Este "tic tac" incansable, horario del sentimiento,  
me va marcando con sangre  
el caminito de estrellas  
en donde quebrar los hierros  
que me tienen prisionero.

## II

¡Qué arrogancia petulante  
de mercader opulento  
tienes, mar, cuando en la playa,  
entre limpias baratijas,  
abres, olas, a mis ojos,  
tus brocados de oro y plata!

## III

*A la bendición del Cardenal  
Pacelli.*

Mano enjuta, seca, blanca,  
flor de huesos,  
que rompe la armonía del aire  
en una cruz de besos  
elegantes y ascéticos,  
en flor de bendición.  
Entregando, en sonrisa de cilicios,  
el tesoro de esmeraldas del corazón.

## IV

Déjala que escape siempre de tus manos:  
tú la ves cómo corre, pajarita de sol, hacia su casa.  
Pero no huye, es que te va llevando  
a su milagro de plata.  
¿Y si antes de llegar,  
por no esperar  
la matas...?

## V

*Para Antonio Bilbao Aristegui,  
en recuerdo de muchos lirismos.*

Agüita de Mayo nos besa la cara,  
vámonos al puerto a lavar el alma.

En el puerto puerto de Santa María,  
granero de lanchas,  
veremos gaviotas  
jugar a columpios de luz y cristal,  
veremos las olas saltar a la comba,  
con besos de roca y espuma de mar.

Vámonos corriendo,  
que en el puerto puerto de Santa María,  
agüita de Mayo nos besa la cara,  
con besos de niña.

## VI

Ese pobre clavel ha ido creciendo  
sin agua, y parecía  
doblado de cansancio,  
que le faltaba vida.

Y esta noche ha llovido.  
Y cuando de mañana  
he bajado al jardín,  
ya era una viva esperanza.

Estaba todo inquieto,  
alocado en la verde rama,  
como si tuviera en los ojos  
la novedad de su alma.

Y yo me he puesto alegre  
de pronto, y he acariciado sus albores  
de vida, y él me ha contestado  
con una pirueta loca de colores.

## VII

Jugábamos a ocultarnos la tristeza,  
hurtando las palabras;  
vanamente jugábamos, porque ella  
era cada vez más grande, como una mala  
yerba, y nos cogía  
con sus imaginarios largos dedos,  
cortando nuestra huída.  
Y nos ahogaba con el misterio  
de sus ojos  
desconocidos y fijos  
en nosotros.  
Implacable enemigo,  
fuerte por nuestra cobardía,  
hubiera matado  
nuestra unión, nuestra vida,  
huyéndole solitarios.

Ya estábamos muy lejos de nosotros,  
y un día nos gritamos la verdad.  
Y fué un grito de oros  
y un silencio de paz.

## VIII

### *En la "Mañana" de Grieg*

Ibas llegando  
tan llena de caricias,  
apacible, serena,  
como una mentira  
de plata, de flores y de besos,  
en un continuo nacer, sin recuerdos.  
Yo me sentía vagamente envuelto  
de ilusiones,  
de sueños  
ideales y posibles.  
Seguro en la ignorancia  
de una sola mirada,  
la tuya.  
Lleno de fe en la esperanza,  
dulcemente cautiva, sin saberlo,  
de tu inmensa campana  
de cristal.  
De pronto... un aletazo traidoramente cruel:  
Eran las malas palabras...

.....

## IX

### *El alma extraña*

Me lo decía  
con ese dejo melancólico  
de los oros ponientes:  
"Las cosas me han hecho un alma  
que no es la que yo soñaba".

¡Qué ingrato laberinto!  
Juegan a las cuatro esquinas  
cinco ideas mal contadas;  
ésta le cede su puesto a la otra,  
pero ésta tampoco, aquella...

Son cinco burlas  
sin puesto fijo,  
y nos hacen veletas  
de los mil vientos.

Al final, un dejo  
de melancolía  
y un alma extraña  
por patrimonio y hacienda.



X

*Cenizas de mariposas*

Era un grito de colores,  
era un salto mortal de la alegría,  
era una luz volante  
desprendida  
del alba,  
de la risa.  
Y salió mi silencio  
a perseguirla,  
todo manos de deseo  
hasta la vida.  
Aquí, aquí... (¿qué dejo de maldad  
tenía la conciencia?).  
Y ella revolaba, mariposa de luz  
hacia mi sueño.  
Aquí... ya es mía.  
(ya tengo la duda clara  
de mi malicia).  
Y entre las manos,  
una cenicilla  
de luz que se fué.  
Más hondo, nada... sí, la seguridad de mi malicia.

Pero sé que los ojos tienen su posesión,  
que no es para las manos.  
El grito que llenaba de colores mi alma,  
se ha roto de cenizas al tocarlo.

## XI

### *Jardín segundo*

Estaba escrito en el banco  
verde con una navaja:  
"Amor mío". Nada más,  
pero estaba.

Lo había escrito el deseo  
inmenso de una mañana,  
por dar a todas las cosas  
de la abundancia del alma.

Y el banco verde no era  
un Banco como los otros,  
el banco verde pagaba  
un interés fabuloso.

Lo anunciaba por los vientos:  
Capital: un "Amor mío".  
Interés: un mil por ciento.  
No había Banco más fijo.

Con sus dos palabras solas,  
"Amor mío", frente al sol,  
puso un negocio de mares  
y rumbos hacia el amor.

Con sus dos palabras solas,  
"Amor mío", cada día  
daba mil clientes nuevos  
al negocio de la vida.

¡Y allí estaba el Banco verde  
junto al inútil dolor  
con sus dos palabras solas,  
"Amor mío", frente al sol!

Federico P. Krutwig. Bilbao'ko jaun gaztea, Euskaltzaindikoa, gutti ezaguna ondiño, bañan ageri da etorkizunaren itxaropen bat, dala gure gaurko lankidea.

## *Bihotza!*

Munduak gezurra diyotsu, bihotza.  
Gezur-gezurra bere argi indartsuez,  
Nigarretan miña iñork ere aditzen  
Eztuela derakhus.

Dadukazun miña ixillik negarr zazu,  
Munduak ba'lekhus' handitu luke ta,  
Nihork ere laguntzen ezteraukola  
Nihori ezer ere ez.

Zure naigabea gorde zazu zutzat.  
Bethi ixillik zagoz, ixillik, ixillik!  
Khendu zazu begietatik nigarra  
Nihork ezpeza ikhusi.

Naigabean zaro dadukazun miñak  
Nigarrei ba'leriye, ba'lerakhuski  
Eskutu thokirat iges egin zazu,  
Bakharrik nigarr eizu.

Zoriak zuzaz barre egin nai ba'leza  
Eragotz ezazu, gure phenak ilten  
Barneko miñaz, ezpañetan barrea  
Iphinten ba'geneki.

Eziezozu erran zuk miña innori.  
Ixillik zagoz, egon ahal ba'zintez,  
Ixillik gorde ezazu zure arimaren  
Arimaren barnean.

Barre egizu, nigarr eitten duzun hori!  
Bai ta phenak bizirik triskatzen ere!  
Barre egin ezazu, zerorren barrea  
Illel nigarra da ta.

Biztu gaittun biziaren sukharr hori,  
Eraman begaitza zu zarean nayak,  
Laindoko Lege sorr hori, zathorrzkigu,  
Gugan izan zaittezen!

Olympotarr hoik, etzituztet gurtzen nik,  
Iraunkhorrak zuek ere zerate ta,  
Zigurki Ezerezerat zohazte ta,  
Ezer etzerate ta.

## Zergattik?

Aurrera doha gudaria bethi  
Eztaki bannan zer dan nai duena,  
Bere begiek lanno gaiztoena  
dadukate ta.

Zer dan gudua triskatzea baizik'  
Zergattik hiltzen herriko semeak'  
Zergattik nigar gure alhabeak'  
nihork eztaki.

\* \* \*

Zure begi beltzetan'  
nire zoria  
ikhusi dut benetan'  
zure begia  
bai-tago nire baitan.

.....

Gizonaren jakintza  
itsasoko uin bat bezelakoa  
bethi beko lurretan.  
Nihork eztaki zein dan  
Ta suntzitzen da ikhusi banno lehen.

.....

Ezerezetik gathorrtza—  
ezer ezkera—  
ezerezerat gohaz  
zer da bizia  
gezurr bat baizik?

.....

Guztia gezurra da;  
dena irudia;  
eztagoz ez gizonik;  
ez arimarik;  
dena atzipea da.

.....

Begiez aurrerantza  
mundua doha;  
Bihotzez atzerantza.  
Gizonan kosmos  
Gogoz norat doha ba?

.....

Gizonaren jakintza  
txarr ta txikia  
gogoaren argiaz  
aintzina doha.  
Berakin garamazki?



## *La fábula de Hoang-Ti*

### 1

Hoang-Ti tenía miedo. Era un hombre y tenía por eso miedo.

Cuando un hombre tiene miedo, ataca: Busca enemigos y, si no los tiene, los inventa. Dar cuerpo a esa sinrazón del vacío, que es lo único que de verdad nos asusta, propone una tarea e impulsa a un combate: Salva, más o menos provisionalmente, de la nada.

Luchar emborracha. No hay fiesta mejor que la guerra. Uno se agita y se cree por eso activo; violenta, y se figura por eso libre. Y si vence, se cree además dios.

Hoang-Ti atacó a los tártaros y a los pueblos del Sur; atacó a los reyezuelos de Tsi, Chow, Tchao, Wei, Han y Yen. Ensanchó y aseguró las fronteras de su país, impuso el orden en el interior, y —vencedor absoluto— mereció el título de “Emperador de Hierro”.

Un “emperador de hierro” es una especie de crustáceo. Se rodea de una sólida caparazón, pero por dentro permanece blando, informe y suciamente palpitante: falto de un esqueleto que le arme.

Hoang-Ti, vencedor de todos sus supuestos o reales enemigos, no venció nunca su miedo. Seis millones de esclavos trabajaron por orden suya en la erección de esa Gran Muralla que debía asegurar de una vez para todas la inviolabilidad de su dominio. Pero, detrás de la Gran Muralla, Hoang-Ti se agitaba inquieto. Acompañando a sus ejércitos, corría de un lado a otro de su país. Sus marchas, di-

bujadas en un mapa, recuerdan el nervioso zigzaguo de esos seres microscópicos que, pese a su loca movilidad, nunca salen del campo redondo de nuestras lentes: Del cero en que encierra su inquietud febril, una observación hecha desde un punto de vista un poco alto.

## 2

Hoang-Ti no se contentaba con conquistar el espacio. Quería, sobre todo, vencer el tiempo. Cada vez comprendía mejor cuál era su verdadero enemigo —su miedo— aunque le costaba nombrarlo.

El tiempo es mal enemigo. Nuestro esfuerzo para herirlo, nos hiere; nuestro encono en la lucha, nos enferma; nuestro vivir, cuanto más intenso es, más se convierte en un ir muriendo.

Hoang-Ti se proclamó “Primer Emperador”. La Historia comenzaba con él y, a partir de él, nada debía cambiar. Reglamentó el orden de las siembras, el calendario, el sistema de pesas y medidas, y la escritura. La movilidad del devenir le espantaba. Estableció, pues, de una vez para todas, lo que debía ser. Con sus reglamentos y sus leyes quería fijar puntualmente el tiempo, como con la Gran Muralla había fijado el espacio.

Cuanto habían hecho sus predecesores era vano. Simplemente, el pasado no existía. Había que hacer que no existiera. Y Hoang-Ti mandó quemar los “Cánones”, los “Archivos” y todos los libros confucianistas. Quienes se atrevían a comentarlos y a enjuiciar su obra, fueron condenados a muerte. Muerte al pasado, muerte a cuanto amenazaba o ponía en duda el imperio de sus disposiciones. Que imperara el “ahora” eterno: Su imperio: La muerte del pasado y el futuro: La victoria sobre el tiempo.

## 3

El emperador, que vivió doscientos cincuenta años antes de Cristo, adoptó el nombre —“Hoang-Ti— del mítico “Emperador Amarillo” que había vivido, si es que efectivamente vivió, dos o tres mil años antes. Hoy, sus personas se confunden y el uno se salva



en el otro: Lo pintoresco en lo significativo, y, al revés, lo mítico trascendente en la anécdota de una existencia singular. Pero ésto no hubiera satisfecho al hombre que se hacía llamar Hoang-Ti. Lo que el quería era inmortalizarse en carne y hueso, eternizar su "ahora" y "aquí".

Hoang-Ti se paseaba muchas veces por la costa de Shangtung. El tirano que había impuesto un orden cerrado e implacable, el guerrero que, renunciando a la conquista del espacio ilimitado, se había parapetado tras la Gran Muralla, se ensanchaba ante el mar a impulsos de ese vago anhelo —su miedo y su esperanza a la vez— que nada había logrado aplacar.

El sabio consejero Lu-Sheng enseñaba al emperador que, mar adentro, se hallaba Peng-Lai, "la Isla de los Inmortales", y que en esa isla crecía la misteriosa planta Chih, que confiere la inmortalidad a quienes se alimentan con ella. Hoang-Ti la había buscado mucho. La necesitaba. Y envió una expedición a la fantástica isla, bajo el mando de su lugarteniente Siu-Fu. Pero Siu-Fu no regresó. Entonces, el emperador envió una segunda flota, al mando de Lu-Sheng en persona. Y Lu-Sheng regresó, después de muchos meses, pero con las manos vacías.

Hoang-Ti se enfureció. Con el fracaso, su miedo creció y se volvió casi patológico. Hoang-Ti no quería morir. Sencillamente, no quería morir. Pero, ¿es ésto patológico?

## 4

Cuanto más poderoso es un hombre, más comprende sus inexorables limitaciones. Nuestra aspiración —la aspiración de cualquiera— es en el fondo tan enorme que, cuando ya no podemos pedir más a la vida, porque realmente nos ha dado todo lo que la vida puede dar, entramos con plena consecuencia en la locura latente y esencial de nuestro ser. En nuestro querer ser más de lo que somos o, quizás, lo que no somos ni podemos ser: Inmortales.

Hoang-Ti se parece a ciertos emperadores romanos en lo que tiene de humana su monstruosidad. Pedro, Pablo, Juan y Luis hubieran sido iguales a Nerón, Calígula, Gengiskhan o Hoang-Ti, si hubieran disfrutado de su poder. Las sombras de esos emperadores se limitan a reproducir en grande (en terrorífico o en grotesco) los mediocres pero malignos gestos del Uno Pedro, Pablo, Juan o Luis.

Hoang-Ti bordeó la paranoia. Siempre había sido un gran viajero pero, de año en año, su movilidad fué adquiriendo un carácter más alocado. Huía no se sabía de qué. Había pasado el mediodía de su vida —aquel mediodía en que su sombra cabía entera bajo sus pies— y el sol, al ponerse a su espalda, alargaba delante su desmesurada y caricaturesca sombra. Le asustaban fantasmas, espectros y genios infernales. Y huía. Nunca pernoctaba dos veces en un mismo lugar. Tenía miedo de que le alcanzaran, de que le sorprendieran dormido.

## 5

Hoang-Ti fué siempre sistemático. Su afición a reglamentar, ordenar y codificar, tienen algo de patológico. Su razón racionalizante, su disciplina de jefe militar y su manía legisladora, rayan en la locura.

Mientras alguien se limita a soñar, no hay peligro. Pase éso de que Hoang-Ti despachara seriamente flotas en busca de una imaginada "Isla de la Inmortalidad". Si no descubrió América, fué por mala suerte. Otros, basándose en leyendas no menos fantásticas que la suya, acabaron descubriéndola. Y si no la planta Chih, encontraron la quinina y la coca, que no es poco. Pero Hoang-Ti amaba los sistemas rígidos, la consecuencia por la consecuencia, la magia organizada, el pensamiento que, a fuerza de girar sobre sí, hace el vacío en torno suyo, y el orden que, de puro implacable, se destruye a sí mismo.

La manía persecutoria de Hoang-Ti, anunciada por la erección de la Gran Muralla, tomó forma perfecta en la construcción de su residencia de Hien-Yang, que constaba de tres mil habitaciones distribuidas en doscientos setenta palacios. Estos palacios comunicaban entre sí mediante pasadizos secretos, galerías subterráneas y un intrincado sistema de trampas y sésamos. Nunca se sabía en qué habitación descansaba el emperador. Por otra parte, su sueño era inquieto y, durante una sola noche, cambiaba varias veces de dormitorio.

Pese a todo, Hoang-Ti nunca estaba solo. Por lo menos, nunca se sentía en paz.

## 6

La residencia de Hien-Yang, como el laberinto de Creta y el sistema de corredores, salas, entradas tabicadas y puertas secretas de las pirámides egipcias, acusa un esfuerzo, mezquino en su complicación, pero conmovedor en su ingenuidad, de dar esquinazo a la muerte. Todos hemos soñado de niños, leyendo ciertos folletines, en una construcción semejante. Hay algo en nuestra mentalidad que nos empuja a pensar que, a fuerza de vueltas y revueltas, puede escaparse al peligro, a todos los peligros. Lo que hace falta es que nadie nos sorprenda. Y, sobre todo, que no nos sorprenda inermes, dormidos por una noche (como Hoang-Ti dormía, aunque inquieto), o dormidos como los faraones durante esa noche un poco más larga en que hemos de esperar la resurrección.

Que un delirio tan netamente paranoico, tan pavorosamente racional, haya cristalizado en obras arquitectónicas de verdadera importancia, produce extrañeza. Pero lo cierto es que todos nos despertamos un poco sobresaltados cuando alguien, de pie ante nuestra cama, nos mira fijamente.

Sea un recuerdo animal o un temblor hondamente metafísico, no nos gusta que nos desnuden o nos violen cuando nuestra conciencia duerme. En la paranoia de Hoang-Ti repercute la pretensión irrealizable del Uno Pedro, Pablo, Juan o Luis, que quisiera asegurar su dormir contra todas las intromisiones y, sobre todo, contra ciertos sueños informes y maléficos.

## 7

Pese a todos sus trabajos y todas sus precauciones, una mañana, Hoang-Ti apareció muerto en una de las tres mil habitaciones de Hien-Yang. Nunca se ha sabido cómo se produjo esta muerte. Pero debió ser horrible. El rostro de Hoang-Ti acusaba todos los signos del espanto y la violencia. Su fin le había clavado en su miedo. Su larga nariz se alargaba aun más, miserable; sus ojos redondos y grandes, se abrían a una luz insoportable; su tremendo sable, que, durante las audiencias, solía mantener desenvainado sobre las rodillas, yacía inútil a su lado. Hoang-Ti había muerto.

El emperador sobrevivió setenta días a su fin. Exactamente, setenta días. Porque, como nadie se atrevía a anunciar su deceso, durante setenta días, su séquito siguió rindiéndole honores, su guardia montándole defensa y sus siervos sirviéndole las comidas de costumbre y preparándole cada noche los tres mil lechos de las tres mil cámaras de su residencia de Hien Yang.

La rueda de su sistema y de su locura seguía aún girando; pero el hombre, el hombre de carne y hueso que se hacía llamar Hoang-Ti, el hombre que combatió sin descanso, el hombre que temía la muerte pero luchaba arrojado, el hombre fantástico que envió dos importantes flotas en busca de la planta de la inmortalidad, el hombre —emperador de hierro por fuera pero de blanda miseria por dentro—, se había hundido antes de esos fantasmagóricos setenta días por el centro inmóvil de esa rueda que aún sigue girando, bien sea en el sentido que él le imprimió, o bien en el contrario. Porque Hoang-Ti era poderoso, pero la muerte es la muerte, y nada, meramente humano, puede vencer la fuerza de su absurdo.



## JENTILLEN EMAKUMEAK

Mendi-erroka latza da Aralarre'ko mendiya, Euskal Erriaren gerrian mokortua. Aintzineko mendetan —orain dela urteak millaka— “jentillak” zeritzaten Aralarre'ko zuloetan bizi ziren gizeliak. Zenbeitek uste bete dute arrotzak zirela jentillak; olakoeri baño ayer zaye beste aburu bat, sendoa: jentillak eziren kanpotarrak ba ordean jentillak kanpotartzat zeuzkatenak. Alderdi biyak su ta gar ditugu arizanak elkarreri aitz. Zer nai den ere, jentillak Aralarre'ko malda patarretan koka bizi biren aspaldidanik; beste gizeli zenbeit, egiyetan, beti alderako egiyetan. Biok, elkarren koko ta etsaitzat agertzen ziren.

Jentillak, aundi ta goi, giñarre gozoko, larru gorri guriak, biloa ere bai sugorri edo artagorri, sarritan, begiyak urdin, sudurra makur, azkar ta zankarru, sorbaldak zabal, burua kizkur ta bekokiya, agerre. Ola ziren Aralargoitiko jendiak. Ikusagun orain Aralarbeitikoak: beltzaranak ziren edo morixkak, soina motzago, txitxez estuxe, aurpegia bildu, sudurra txorrotx, betaldiya, zauli, ikatz-disdiratsu ta sarkor, aizto-gizas; enborra, laukun, oreinak bezin erne, laxterkari, soma bizi ta zail.

Biok zuten leya elkarreri so, biok odol beroa ta eskua bizkor.

Jentillak goitian, morixkak beitian, nunbait eta noizbait elkarreri jokatuko zitzaizkien, bañan elkarren bildur ziren. Ta bein batean otu zitzen morixkeri ederrak zirela jentillen emakumeak, neskatak bai ta zorhituak ere. Aen larru larroxa, legun eta gozo, aen aragi gosegarriya, musuak musuko, titi-sagarrak ika ta muñuñ! Oin ederreko neskak eta emazteak eziren aise ageri ta berenak baño joriago ziren. Joanen lirake bai arien eske ta lapurketan, naiz eta jentillak bidean topatu ta borroka beartu. Bañan... jentillak ikaragarriyak ziren eta zendoyak eta indar gaitzeko alimale zakarrak; azpitik eta ixil sartu bear litzayeke, zori onaz jokatzeko. Oi, oi... ekinza zen gogorra! Laxter etsi zuten erritarrak bear zirela berhatu,

jentilleri oldartzeko, ta ez nola nai ere berhatu, txiñurriyak ainbat agian. Ola asko izanik, sarbidea izan leike errezagó.

Orra ba, andik iragaiten zirenak gerazi zituzten, azi-bearrez, arik eta jentillen apurtzerañoko indarra batu arte. Azkenik, sasoya arako iduritu zitzaizen egun batez sayo bat aurdiki zuten jentillen lurretan goruntza. Obe zuten egin ezba'lute ere. Azken beltz-beltza izan zen ura, aldi-apur bateko beintzat eta zuloetatik ez elkitzeko aspaldi luzean ere. Aldi bat areago etsi zuten geyago bear zutela izan lagunetan, jentillekin borrokan ari izateko. Berenganoz bañan ezin zuten naiko lagunak ekarri; beste erritarrak ere bear zituzten berekin geldazi.

Bitartean irakurle batek galde bat bai edo dit: Jentillak, oin izi arazle, oin zendoi, aldi-andana bat azkarrago morixkak baño, nola arraye, ziren morixken bildur? Ezbeita mixterioa. Jaungoikoaren zuhurtziak egin, izaki bat ezda munduan buru-beirama gabe; morixkak eztare. Jentillak baño ariñago ziren; okulu zitezkean eta koka airusago, alaber altxa, etzan eta kurubilkatu eta laxter egin, bear orduan, jentillak baño zaluyago; indarrak ez ezik, txikiyek aundieri enantzu ekentzen ziyetzen. Gañera, jentillak oin gizalarrri zirela-ta, edonundik nabarmenak ziren. Jentil batek itzuli bat egin orduko, morixkak bazituen irur eginak. Arrien botatzen jentillek erakutsi ahalmenak zituen morixkak geyen-geyenik izutuak; ta ez bota bakarrrik bai eta mendi-errotik idoki ta bulkatzen; auxen beitzuten jentillek gaitzeneko aldezia; au ta goitian bizi izateko onurea. Arriak eroso euki baita goyaldea ere arrien jaurtitzeko, zer geyago bear zuten zendoyek lepoan atxikitzeko tinko morixka gaizoeri? Ezen espantagarriya zen jentillen apara, asten zirelarik arri mokorren lasaitzen arru ta patarretan behera. Dinbili-danbalako arritzar-jasa morixka larrituen biztegiyetan inkatuta lotzen zen, barneko ta kanpokoak oro zapaturik. Azi ta berhatu bearrean, urri ta suntsitzen ziren morixkak.

Jentillen emakume ugarienganako tirriyak biotza gilikatzen ziyen morixkeri. Beti ta areago. Au omen zuten señaie Jainkoak nai beitzuen morixken aintoa emendatu; zeren olatsu egiten beitu Jainkoak, nai duenean auniztu ditezten jendiak. Garri bat ezartzen diye biotz-biotzean besteren emakumien gosez. Naiko emakumeak ezba'zituzten gizonek, beste erri batean eske joaten ziren. Ta ukatzen baldin ba'zitzaizkien, berekin artzen zituzten lotsarik gabe. Erlisio guziek ezdute onen agintza bañan morixken Jainkoak ezarri legea auxen bai zen bederik. Lege bat, olatsuko, gertatua degu beste erri batzuetan ere.

Duda-mударik ez, morixkak bear ziran askotu jentillak garaitu ahal izateko; garaitu-bear ertxia zuten, bizi ahal izateko; biziak

ditu ezin-bertzeko legeak, izaki guzion legeak. Beraz, bizi ahal izateko bearreko aintoan, bear-bearrak zituzten morixkek jentillen emakumeak; ederrak beitziren eta ema propioak eta sabel narroak eta maitagarri. Gañera, ariekin nastuta morixken gixonak, sarri ta larri gizonduko lirake. Ta orduan ondorengoek indarrez ahala luteke geyago ta zoria argituko litzayeke munduan bein eta betikotz. Ta gero ta areagoko emakumeak ebatsita, jentillak urrituko lirake bai ere gero ta geyago. Ola eskastuko litzayeke azia ta trixtura sartuko, emakume gabe bizi-bearrak eta. Onen ondoan, arien lurak aise berentzat altxatuko lituzteke. Ezpairik ez, jentillak elirake iardokiko ta, Aralarre'koa utzita, alde eginen luteke bela-bela, ez agertzeko berriz. Ola bear zuten morixkek.

Emakumiekin auzia asi bear zen oraiko ontan ere. Baita azkendu jentillen emakumiekin, jentillekin azkentzekotz. Orduz geroztik eta noski lehenagotik ere, emakumeak gizonen ekiñetan maizik Alfa ta Omega ditugu izanduak.

Jentillen ixtorioa, bañan, ezda amaitua. Yarreikiko da.

JOSE AGUERRE.  
(Euskalzaindiko)







*El hombre que busca la verdad*

(ENSAYO)

Unamuno sigue siendo—y lo será cada día más—piedra de escándalo y vértice de contradicciones. No se ha terminado de hablar de él ni se terminará en mucho tiempo, porque en él y por él se plantea en nuestro país—por cierto, con muchos años de anticipación sobre el movimiento actual y con una amplitud y un vigor que éste no ha alcanzado todavía—el problema crítico del hombre moderno.

Pese a las apariencias, la crisis del pensamiento contemporáneo es una crisis religiosa. Unamuno se anticipa a los existencialistas de hoy y afirma el verdadero carácter de sus preocupaciones. “La desesperación religiosa—dice—es, más o menos veladamente, el fondo mismo de la conciencia de los individuos y de los pueblos cultos de hoy en día” (1). No se trata, pues, de plantear una nueva filosofía. Se trata nada menos que de hacer volver la filosofía a sus fuentes manantiales, cuya naturaleza es esencialmente religiosa.

Unamuno nos invita a repensar y a revivir en nosotros el tema agustiniano de la busca de la Verdad. Puesta así esta palabra, con mayúscula, no creemos que el tema pueda ser planteado a la ligera: la mayor parte de los hombres se limitan a “la rebusca de pequeñas verdades” (2), lo cual constituye, más bien que una auténtica tarea vital, un entretenimiento, un juego, un “divertissement”, como diría Pascal. “No buscan con veneración piadosa la Verdad” (3). Prácticamente se desentienden, pues, del problema raigal de nuestro des-

---

(1) «Del sentimiento trágico de la vida». VI.

(2) Unamuno. «Verdad y Vida».

(3) San Agustín. Confesiones. Libro V. Cap. III.

tino. Prescinden de Dios. No sólo no le conocen, sino que ni siquiera le desean. Sólo en apariencia sacrifican en el altar de la Filosofía “coloreando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan estupendo nombre” (4).

Pascal nos dice que “no hay más que dos clases de personas que puedan ser llamadas razonables: las que sirven a Dios con todo el corazón porque le conocen y las que le buscan con todo su corazón porque no le conocen” (5).

Aun resta una tercera categoría de hombres; pero éstos no son razonables, sino “locos y desgraciados”. Pascal nos habla también de ellos, completando su clasificación: “No hay más que tres especies de personas—dice en otro lugar—: unos que sirven a Dios, porque le han encontrado; otros que se dedican a buscarlo, porque no le han encontrado; otros, en fin, que viven sin buscarle ni haberle encontrado. Los primeros son razonables y felices, los últimos son locos y desgraciados, los del medio desgraciados, pero razonables” (6).

Pues bien, el “buscador unamuniano” es, para nosotros, este hombre “desgraciado pero razonable” que busca a Dios con todo el corazón, precisamente porque no le conoce. Acaso le busca por caminos extraviados y en parajes en los que no puede, humanamente hablando, hallarle. Tal vez se hace acreedor a la palabra de San Agustín: “Buscad lo que buscáis, mas sabed, sin embargo, que no está donde lo buscáis” (7). Pero el hecho que aquí nos interesa es que *le busca*.

El otro, el insincero, en cambio, vive como engañador de sí mismo, creyendo hacer algo útil y duradero con sus “vanos e inútiles juegos”, sin darse cuenta, siquiera, de la insustancialidad de su existencia. Contra el insincero se vuelca toda la crítica pascalina del “divertido” y lanza Unamuno sus más violentos y amargos epítetos.

Nada, en efecto, más lejos de la auténtica busca de la Verdad que la pura y efímera diversión intelectual. Unamuno lo dice sin pararse en eufemismos. “La erudición suele ser con frecuencia una manera de huir de encarar la mirada de la Esfinge, poniéndose a cortarle las cerdas del rabo. Se sume un hombre en la rebusca de curiosas noticias de pasados y luengos tiempos por no encontrarse

---

(4) San Agustín. Confesiones. Libro III. Cap. IV.

(5) «Pensamientos». Edición de Friburgo. 194.

(6) Ib. 257.

(7) San Agustín. Conf. IV. XII.

cara a cara con su conciencia que le pregunta por su propio destino y por su origen" (8).

Sólo cuando el hombre acierta a superar la vanidad erudita puede decirse que se halla en condiciones de emprender la gran aventura de la busca de la Verdad.

Una especie de revelación—que alcanza penosamente la conciencia a través de esa enorme piel de paquidermo de la sabiduría erudita—muestra, entonces, toda la fragilidad de las pequeñas verdades. Desde ese momento la vocación del buscador se impone a toda preocupación menor.

Recordemos, por ejemplo, que Agustín, el profesor de retórica, llega a experimentar un asco infinito hacia su arte—que en el fondo nunca le había convencido del todo—y se dice a sí mismo: "dejemos estas cosas inútiles y vanas y dediquémonos por entero a la investigación de la verdad" (9).

También Pascal cuelga un buen días las ciencias abstractas, el análisis y la geometría, en las que, sin embargo, había realizado descubrimientos enormes, para entregarse al estudio del hombre y a la búsqueda de Dios (10). Esperaba encontrarse en este nuevo oficio en compañía de muchos investigadores, pero vió con sorpresa que si en el estudio de la geometría había hallado poca "comunicación", ya que son muy pocos los cultivadores de esta ciencia, la encontraba menos aún en el de los problemas auténticamente humanos, pues es todavía mucho más reducido el número de los que se preocupan de ellos.

En cuanto a Unamuno, es bien conocido—y hasta se le ha criticado—el poco interés que, una vez lograda su cátedra, dedicaba a la investigación clásica. "Apenas obtuve la cátedra, me encontré con un profesor eruditísimo, el cual me espetó una larga arenga para persuadirme de que dedicara mi vida a ser un helenista y no sé si a desenterrar y publicar no sé qué manuscritos griegos que dicen que hay en el Monasterio del Escorial" (11). Pero Unamuno, que ya "sabe el griego suficiente para poner a aquellos de sus alumnos que gusten de él en disposición de valerse por sí mismos y de hacer progresos en la lengua de Platón y puede ponerles al corriente de lo que se sabe de más importante respecto a la literatura griega"—con lo cual le basta para cumplir con su deber—, no aspira a "ser un helenista".

---

(8) Unamuno. «Sobre la erudición y la Crítica».

(9) Conf. VI. XI.

(10) Pens. 144.

(11) «Sobre la erudición y la crítica».

“Ser un helenista” equivaldría a hacer del griego un absoluto, a consagrarle el ser y la vida. Prefiere ser un hombre sincero y dedicarse a alimentar y paladear su angustia, a vivir de ella y para ella, a despertarla en el corazón de los demás... Por amargo que esto sea, siempre tiene algo de la Verdad amada e ignorada.

Comienza, pues, la odisea del buscador por un profundo menosprecio hacia cualquier clase de saber menor, sea histórico, científico, filosófico y aun teológico, que, en realidad, no contribuya a dar la solución del problema de nuestras ultimidades.

Este es el punto de arranque: y en realidad no se aparta mucho de aquel consejo de Fray Juan de la Cruz: “Para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada” (12).

Así se inicia la peregrinación mendicante de la Verdad.

\* \* \*

Actualmente está culminando la tragedia noética: hace tiempo que los físicos no creen en la Física como ciencia de la realidad material. Tampoco los matemáticos creen en las ciencias “exactas”, ni los filósofos en la Filosofía. Y si siguen cultivándolas es porque constituyen un entretenimiento y una manera de vivir. Pero han perdido la fe en ellas.

Cuando el hombre del Renacimiento lanza al mundo la terrible noticia de que la Tierra da vueltas alrededor del Sol, se inicia, sin que nadie se dé cuenta de ello, la más espantosa crisis por la que haya podido atravesar el género humano: es la crisis de la desconfianza. Aquello que engolados y dogmáticos doctores habían enseñado durante siglos resultaba ser, pura y simplemente, un error de perspectiva cinemática. “Si es así—se dijeron los hombres—, podemos también hallarnos equivocados en otras muchas cosas: en esto, y en eso, y en esotro”... Y la desconfianza comenzó a extenderse a todo.

Descartes trata de afrontar la duda técnicamente. Pascal—infinitamente más humano—la vive y la supera, anticipándose a la Historia en siglos. “Me he encontrado tantas veces en falta de recto juicio—dice—, que, al fin, me ha entrado la desconfianza respecto de mí y después respecto a los demás hombres”... “he conocido que nuestra naturaleza no es más que un continuo cambio” (13).

Pero la Humanidad se empeña en seguir los senderos largos y pedregosos. Y viene la crítica del conocimiento, vano intento de

---

(12) San Juan de la Cruz. «Subida al Monte Carmelo». «Modo de tener al todo».

(13) Pens. 375.

superar la desconfianza y que no hace sino aumentar la desesperación. Poco a poco se queda el hombre con las manos vacías, apenas si puede contar con su pobre medida humana.

Al terminar el siglo XIX, mientras, en el orden práctico y de las aplicaciones, la Humanidad recoge la espléndida cosecha de los descubrimientos técnicos, el auténtico saber humano se encuentra en liquidación por derribo.

Jamás el hombre pudo sentirse más desnudo, más desprovisto de Verdad.

En este momento entra en escena el buscador unamuniano.

\* \* \*

El hombre de hoy se encuentra con “la nada” entre las manos, como único material de trabajo. Es, pues, un buscador perfecto porque carece absolutamente de aquello que absolutamente necesita. La “nada” es el punto de partida de la filosofía existencialista.

Pero esto no es nuevo. Hace mucho tiempo que Agustín de Hipona escribió aquellas palabras formidables: “Amé la nada y por eso me hice más despreciable que la nada misma”. El las escribió y, escapándose de las letras, rebotando en las esquinas de los siglos, llegan a nuestros oídos con el mismo vigor que si acabasen de ser pronunciadas. Más que para el hombre del siglo V, fueron escritas para el del siglo XX, pues hoy, en medio de la abundancia de nuestra ciencia técnica, nos hallamos privados de todo saber auténtico.

Lo verdaderamente trágico en el buscador unamuniano es que está persuadido “a priori” de que lo que busca es inasequible. Lo busca, pues, con radical desesperanza. “La fe busca lo imposible, lo absoluto, lo infinito, lo eterno” (14). “No hay, no puede haber, razón alguna primera y suprema de las cosas; es imposible en sí un primer por qué” (15).

Sin embargo, esa razón primera es la que el buscador pretende hallar sin querer confesárselo a sí mismo. Todas esas zarandajas del “creer-crear” y del “querer-crear” jamás podrán colmar el espíritu del buscador. No pudieron colmar tampoco el espíritu del propio Unamuno que nos habla de ellas con una falta de convencimiento evidente. “Con estos fantasmas—u otros parecidos—vanos y fingidos, me apacentaba yo entonces o, por mejor decir, no me apacentaba porque no me nutría” (16), dice San Agustín—que a su tiempo fué

---

(14) Unamuno. «La fe».

(15) Ib. «Plenitud de plenitudes».

(16) Conf. III. VI.

también buscador unamuniano aunque luego dejó de serlo para convertirse en Santo Padre de la Iglesia—. El buscador se encuentra, pues, en la más trágica de las situaciones. “Dudando de todas las cosas”, “fluctuando entre todos los sistemas”, sumido “en un estado de dudas y perplejidades”, “acongojado por la falta de la Verdad”, “desconfiando y desesperando de poder encontrarla”... “perdida—en fin—toda esperanza de que algún camino pueda conducirle a Dios” (17).

En este desconsuelo, en esta desesperación, ¿qué le queda al buscador para poder apoyarse? Limitando la cuestión a su aspecto humano, que es el único que percibe el buscador, ciego a las realidades sobrenaturales, le queda su desconsuelo, le queda su desesperación.

O, empleando la expresión del propio Unamuno, su “esperanza desesperada” (18).

Algo así como una afirmación dolorosa de supervivencia, un quejido instintivo, una contradicción necesaria que el buscador tiene que realizar viviendo, buscando, a pesar de todo, ese absoluto, en cuya misma existencia no cree.

El buscador puede en ese momento renunciar definitivamente a la busca de la Verdad, lanzándose de nuevo al “¡qué más da!”, a la fragilidad de las pequeñas verdades, al “divertissement” pascaliano. En ese caso está perdido. Pero le queda todavía la posibilidad de agarrarse a su desconsuelo, de abrazarse a él, de rumiar y palsear su angustia de lo trascendente. “No hay mayor consuelo que el del desconsuelo, como no hay esperanza más creadora que la de los desesperados” (19).

Ese consuelo y esa esperanza son, sin duda, el premio inmediato que Dios da a los que no cesan de buscarle. Porque en esa frase de apariencia paradójica hay una realidad: partiendo de la propia nada radical “se cobran nuevas fuerzas para aspirar a serlo todo” (20).

A partir de esta mutación, la nada de la desesperación puede trocarse en el todo de una aspiración de plenitud que es como el atrio de la plenitud misma. En su total desasimiento, el buscador ha realizado un hallazgo de importancia, ha tropezado bruscamente con su “yo”, pero no con un yo filosofante, hierático, entregado a la confección de rígidos teoremas, sino con un yo desesperado, sudoroso, enfrascado en la enorme tarea de buscar la Verdad.

---

(17) Conf. V. XIV; VI. I.

(18) «Sobre la tumba de Costa».

(19) «La agonía del cristianismo».

(20) «Adentro».

Percibir de pronto este hecho, darse cuenta de que se vive y de que se está metido, con audaz sinceridad, en la faena de buscar a Dios, constituye una especie de revelación íntima.

En ese momento crítico puede producirse el choque salvador e iniciarse una nueva búsqueda más fecunda.

Mas el buscador jamás verá plenamente colmada su necesidad de buscar. Porque la búsqueda de la Verdad no se parece apenas a la de las demás cosas. La Verdad es, en efecto, la única cosa que debe ser buscada con más ahinco una vez que ha sido encontrada y la única, también, que ha sido ya encontrada, en cierto modo, desde el momento mismo en que se la busca.







## Rectificación

*En el número 4 de EGAN de 1948, correspondiente a los meses de octubre, noviembre y diciembre de dicho año, se publicaba un trabajito mío titulado «Aportación al estudio de Unamuno», en el que daba yo nuevos datos bibliográficos acerca de Unamuno, referentes a los años 1937 a 1947, ambos inclusive. Al final de mi trabajo, establecía un «sumario de índices bibliográficos unamunianos» escalonados en orden cronológico, comenzando por el que trae el P. Oromí en su libro «El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno».*

*Debo rectificar, ya que la lista no puede en rigor comenzar por la bibliografía del P. Oromí, pues no es ésta la más antigua. La primera bibliografía unamuniana de alguna envergadura es la publicada en la «Revista Hispánica Moderna», en 1934, con la firma de Sidonia C. Rosenbaum, y en cuya confección colaboró Juan Guerrero. Esta bibliografía, que es —repito— la primera, y por consiguiente la más meritoria, y que probabílsimamente ha servido de base para la confección de las demás, constituye el punto de arranque de toda la serie bibliográfica unamuniana. Me es muy grato, pues, rectificar y enriquecer con ella la lista que establecí en el número 4 de EGAN de 1948, tributando al propio tiempo a sus autores el homenaje debido a su gran mérito, ya que se trata de un índice bibliográfico amplísimo y de valía excepcional.*

JOSÉ MIGUEL DE AZAOLA.



PUBLICACIONES  
DE LA  
REAL SOCIEDAD VASCONGADA  
DE AMIGOS DEL PAIS

---

MONOGRAFIA DE D. XAVIER MARIA DE  
MUNIBE, CONDE DE PEÑAFLOIDA  
por Gregorio de Altube.

LA EPOPEYA DEL MAR,  
por M. Ciriquiain-Gaiztarro.

PASADO Y FUTURO DE LA REAL SOCIE-  
DAD VASCONGADA, por José María de  
Areilza.

HISTORIA DEL MONASTERIO DE SAN TEL-  
MO, por Gonzalo Manso de Zúñiga  
y Churruca.

ELOGIO DE D. ALFONSO DEL VALLE DE  
LERSUNDI, por Joaquín de Yrizar.

BREVES RECUERDOS HISTORICOS CON  
OCASION DE UNA VISITA A MUNIBE,  
por Ignacio de Urquijo.

REVISTAS

BOLETIN DE LA REAL SOCIEDAD VASCON-  
GADA DE AMIGOS DEL PAIS.

Ejemplar suelto: 15 Ptas.

Suscripción anual: 40 »

EGAN: Ejemplar suelto: 4 Ptas.

Suscripción anual: 14 »

Suscripción anual conjunta a BOLETIN y  
EGAN: 50 Ptas.

MUNIBE.—Suplemento de Ciencias Na-  
turales.

---

Redacción y Administración: Museo de San Telmo  
SAN SEBASTIAN



ESCELICER, S. L.  
SAN SEBASTIAN